

En torno al teatro de Armando Moock

Por Ricardo Cumming Soto

La historia del teatro chileno contemporáneo, según los crítico, comienza alrededor de 1941, teniendo sus orígenes en los llamados teatros experimentales auspiciados por las Universidades. Estos teatros experimentales nacieron como contrapartida a la pasividad teatral chilena en aquellos tiempos, cuyas mayores demostraciones no iban más allá de una que otra representación sislada, de carácter netamente comercial y desprovistas de casi todo sentido artístico.

Armando Moock puede ser considerado como uno de los precursores del teatro chileno contemporáneo en su afán de acercarlo a la realidad ambiente, de escribir medios auténticos y de alejarlo de un bajo mercantilismo a la vez que le imprime un cierto sello artístico.

Pero de aquí mismo provienen sus defectos y la causa del cargo más grave que le pueda imputar la historia del teatro chileno: Armando Moock malogró sus

virtudes -que por lo demás no pasaron de un estado primario, porque el no se preocupó de acendrarlas-, no supo aprovecharlas en obras de macizo contenido y de concepción de verdadera trascendencia. Podría haber alcanzado la categoría de primera figura continental, junto a Florencio Sanchez, con la ventaja de poseer aquél una cultura humanística amplia, que le habría conducido a superar el regionalismo algo constreñido que escatimó vuelo al rioplatense. Consecuencia de ello, es que los teatros universitario se preocuparan también de la formación de los dramaturgos nacionales, de modo que evitaren las vacóis, vicios y defectos en que las circunstancias les hacían caer.

El punto de arranque de Moock fue muy promisor; su primera obra, Isabel Sandoval Modas estrenada en 1915, constituye todo un lema auspicioso. Así como Acevedo Hernández empezaba a dominar los temas populares, Moock hacía lo propio dentro del campo, terreno que le era familiar.